

Fernando Ampuero

LA BRUJA DE LIMA

MEMORIAS

colección andanzas



TUSQUETS
LITERARIA

LA BRUJA DE LIMA

FERNANDO AMPUERO
LA BRUJA DE LIMA

TUSQUETS
EDITORES

NOTA DEL AUTOR

Este es un relato autobiográfico interrumpido por confesiones propias del diario íntimo. Refiere cómo conocí a una mujer excepcional, a quien muchas personas solían rendir culto. Gracias a ella encontré el espíritu necesario para superar una circunstancia inquietante de mi vida. En esta breve nota, doy fe de que las cosas que aquí se narran, incluso los pasajes escabrosos que algún lector pueda considerar fabulaciones, acontecieron de veras; no exagero en absoluto. Créanme. Soy un autor de ficción, pero de filiación realista. Eso cuenta. (F.A.)

Lima, 2018

*Ni miedo ni esperanza acompañan al animal que muere; el
hombre aguarda su final, temiendo y esperando todo; muchas
veces murió, muchas se levantó de nuevo.*

WILLIAM BUTLER YEATS

En el otoño de 1998, el pintor José Tola, uno de mis amigos de toda la vida, me recomendó que visitara a una bruja. Yo había caído gravemente enfermo. Desperté una mañana con un fuerte malestar estomacal que en pocas horas terminó llevándome de emergencia al quirófano. Allí, bajo un racimo de luces intensas, me abrieron el estómago: me detectaron cáncer de colon y me extirparon once ganglios linfáticos de ese tramo de mi intestino. Luego, una vez recuperado de la cirugía, fui introducido en el tubo de un tomógrafo que, al momento de monitorear el hígado, encontró centenares de manchas oscuras. Según la lectura de varios oncólogos, aquello era una señal inequívoca de metástasis. “La cosa va mal”, dijeron; y luego, por si yo quería consultar otra opinión, me dieron las placas. Estas fueron examinadas nuevamente en cinco luminosos visores, todos de médicos renombrados. Ellos me vaticinaron seis meses de vida, aunque hubo dos, los más pragmáticos, que lo expresaron diferente: “Es hora de revisar sus finanzas”.

Entonces decidí acatar la alternativa mágica que Tola proponía. Total, nada se perdía intentándolo.

La bruja era una gitana de sesenta años. Y, como a toda bruja, la envolvía un halo de misterio. Se llamaba Hilda. “¡Hilda como la valquiria!”, decían los prosélitos de su comunidad esotérica. Derivado del germánico *hild*, que significa ‘aquella que da batalla’. Además, para darle mayor exotismo, alguien te susurraba al oído: “Y habla arameo”.

Entre mis amigos y conocidos, ni que decir tengo, nadie hablaba dicha lengua, por lo que no podía saber si esto era cierto. El arameo, que hoy en el mundo solo emplea una minoría, se remonta a tres mil años de antigüedad. Mi referencia políglota más versada era el padre de mi amigo, el filólogo Fernando Tola, quien hablaba catorce lenguas entre vivas y muertas: el griego, el latín, el pali, el sánscrito... aunque ignoraba el arameo.

¿Cómo sonará esa vaina?, me preguntaba. (Años después, en 2004, oiría ese idioma gracias a *La pasión de Cristo*, película dirigida por Mel Gibson; pero para entonces Hilda ya estaba muerta, y por lo tanto, dado que a mí nunca se me ocurrió grabar su voz, no tuve ocasión de cotejar sus palabras con aquellas de la película).

De modo que, incapaz de despejar la incógnita, el primer día en que visité a la bruja fui bastante directo: le pedí que dijera algo en arameo, cualquier cosa. Con una venia de asentimiento, ella accedió sin problemas; pero, poco antes de mover sus labios, tomó mis manos

entre las suyas, cerró fuertemente los ojos y soltó unos sonidos roncacos, ásperos, como si de pronto la boca se le hubiera llenado de piedrecitas y sufriera un atoro.

—¿Has hablado? —pregunté.

—Sí.

—¿Y qué me has dicho?

—Nada, no te dije nada —contestó Hilda serenamente—. Lo que he hecho es formular una pregunta, pero iba dirigida a tu sangre. Hablé con tu sangre.

—¿Con mi sangre? —me sorprendí.

—Así es. Y la he interrogado sobre tu vida.

—¡Caray!... ¿Y cómo responde la sangre?

La bruja esbozó una sonrisa.

—No usa palabras —dijo—, pero yo la entiendo.

—¿Y qué entendiste?

—Que no te vas a morir.

Acto seguido, sin mayor ceremonia, me roció unas gotas de perfume y pasó por mi frente dos huevos de gallina. Ambos rituales servían para la *limpia* de venenos. (No decía *limpieza*; recurría al verbo en tercera persona del presente, como si fuera intermediaria de un *él limpia*).

La vida es tiempo que pasa. Y bajo el asedio de la muerte, ese mismo tiempo pasa más deprisa. Son minutos negros, en los que vamos adaptándonos a la idea de la propia mortalidad. Pero ¿qué sucede en el pensamiento de un individuo racional de fines del siglo XX, cuando,

de pronto, considera que la cura por medicina moderna no es el único medio para postergar el final de su existencia? En dicho proceso, digamos, cae el andamiaje de su lógica. Y tras la polvareda del derrumbe, ve surgir otra perspectiva. Así, en un tris, se impuso Hilda. Al obrar en mí como un sucedáneo de la fe, con la forma del auxilio milagroso que justamente esperan los fieles de cualquier religión, ella me reconfortó.

Un asunto colateral sería el rozamiento de los huevos de gallina. ¿No se trata acaso de una inadmisibile superstición? Lo es, sin duda, al igual que el mito de la resurrección o la concepción sin semen masculino de la religión cristiana. La ciencia no ha constatado la resurrección de ningún hombre, ni embarazos que prescindan de espermatozoides. Pero un tercio del planeta cree en eso. Cree también en la misa, ritual mágico en que un sacerdote convierte un pan y un sorbo de vino en la carne y la sangre de un hombre muerto hace dos mil años. ¿Por qué yo no podría creer en los huevos de gallina? He estudiado en un colegio religioso; la gente con esa educación ha crecido creyendo en ritos más extravagantes.

Y algo puntual: ¿por qué acepté ver a Hilda?

Porque necesitaba un poco de fantasía. Los hombres necesitamos siempre una cuota de fantasía. Por eso leemos novelas, entramos a iglesias, buscamos brujas.